

# LAS JUVENTUDES COMUNISTAS IBERICAS DEL POUM

*Ramón Casterás*

*Universidad de Barcelona*

Estudiar las juventudes marxistas y más específicamente las juventudes comunistas, presenta una compleja problemática inmersa, al mismo tiempo, en unos contextos históricos muy difíciles. Las Juventudes Comunistas nacieron en los años veinte, en los años de crisis del sistema político de la Restauración, conocieron la dictadura del general Primo de Rivera, conocieron una transición con dictablanda, una república democrático-burguesa con graves problemas económicos, sociales y políticos y, por supuesto, también tuvieron que conocer la guerra civil que pronosticaron desde su interpretación del capitalismo y del fascismo.

Antes de entrar en el estudio de lo que va a ser el núcleo de esta conferencia, me ha parecido correcto ofrecer unas reflexiones generales previas en torno al movimiento juvenil comunista e incluir una razonable cronología. Dado que en este coloquio se ha programado una conferencia sobre las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) y para evitar que se produzca una excesiva repetición temática, he decidido que el núcleo principal de mi conferencia sea el estudio de las «otras» juventudes comunistas, es decir, de las Juventudes Comunistas Ibéricas (JCI) del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Unas juventudes que tildadas de trotskystas por las JSU, no han tenido las mismas posibilidades editoriales que las primeras. Cierto que, en estos momentos, me consta que el que fue su secretario general, Wilebaldo Solano, está preparando un libro<sup>1</sup>.

Respecto a la primera parte, las reflexiones generales previas, decir en primer lugar que los movimientos de juventud con ideología marxista —socialista o comunista— se presentaron ante la palestra pública, si utilizamos el lenguaje de los años veinte y treinta, con una gran diversidad de planteamientos teóricos y metodológicos

<sup>1</sup> Para dar esta conferencia he utilizado de forma preferente, la siguiente bibliografía:

- V. ALBA: *El marxisme a Catalunya 1919-1939*. Barcelona, Pòrtic, 1974-1975.  
R. CASTERÁS: *Diccionario de Organizaciones Políticas Juveniles durante la II República*, La Laguna, 1974.  
— *Las JSUC ante la guerra y la revolución*, Barcelona, Hogar del Libro, 1982. 2.<sup>a</sup> ed.  
— *La Juventud del POUM. Una juventud de la guerra civil española*, Barcelona, Miracle, 1984.  
J. LI. MARTÍN RAMOS: *Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1930-1936)*, Barcelona, Curial, 1977.  
R. VINYAS: *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Madrid, S. XXI, 1978.

respecto a cómo se debía asumir la lucha social, la lucha política y en definitiva, la lucha por la toma del poder. Una lucha, unas veces, con conciencia y voluntad revolucionaria, otras, sacrificando la revolución a las exigencias, por ejemplo, de una guerra civil. Esta diversidad ideológica, enriquecida por la crítica y, si se quiere, por un proceso de izquierdización a veces trastocado por un verbalismo radicalizado que no se correspondía con el análisis de la realidad social, justificó la aparición de un considerable número de organizaciones juveniles marxistas en los años treinta, sin olvidar que el Partido Comunista Español, fundado en 1920, fue el fruto del sector tercerista de las Juventudes Socialistas y así se ha podido decir que el comunismo entró en España de la mano de la juventud.

Para estudiar a las JCI no se debe olvidar a Cataluña en su contexto español o si queremos ser más exactos en este caso, en su contexto ibérico. Cataluña fue uno de los ejemplos más claros de este pluralismo marxista que culminó en los años treinta. A finales de 1933 y esta fecha no la escojo gratuitamente, sino como una fecha que nos va a servir en esta charla para establecer contacto con uno de los componentes más destacados del movimiento juvenil comunista: el componente antifascista. Un componente que hemos de tener en cuenta para comprender el desarrollo y toda la fenomenología que envuelve la vida de la juventud comunista hasta el fin de la guerra, sea cual sea su naturaleza ideológica. Si la acusación más comprometedor para cualquier competidor ideológico de dentro o de fuera del marxismo, siempre había sido la del pequeño burgués, ahora, en estos años treinta y después de la subida de Hitler al poder, será la de filofascista, socialfascista, o quintacolumnista al estallar la guerra.

Así pues, y tomando como ejemplo a la Cataluña de 1933, recuérdese que llegaron a funcionar con base marxista las siguientes organizaciones: Las Juventudes Socialistas de la «Unió Socialista», el pequeño grupo de las Juventudes del «Partit Català Proletari» que no se llegó a integrar en «Estat Català», las Juventudes Comunistas del Partido Comunista de España y la Federación Catalana de las Juventudes Socialistas de España. Todas ellas constituirían en 1936 las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña homologables a las JSU de España. Y junto a todas estas organizaciones, adscritas a unos determinados partidos políticos, pero con capacidad crítica e incluso rupturista, existieron las Juventudes del Bloque Obrero y Campesino y las Juventudes de Izquierda Comunista que en 1936 y con vocación peninsular, conformaron también las denominadas Juventudes Comunistas Ibéricas del POUM<sup>2</sup>.

En segundo lugar, el estudio de la juventud comunista en general también se hace difícil de sintetizar e interpretar correctamente a causa de la rica y compleja dinámica de contactos, rupturas, comités de enlace, comités de unificación, propuestas de alianzas con otras juventudes, relaciones y disidencias —según los casos— con la Internacional Juvenil Socialista, la Internacional Juvenil Comunista o el Buró Internacional de la Juventud Revolucionaria... que las diferentes ejecutivas de las Juventudes Comunistas, Socialistas o Poumistas se ofrecieron mutuamente con más o menos seriedad, u ofrecieron a las ejecutivas y bases de otras juventudes de ideología diferente y que, para simplificar, las denominaremos también juventudes antifascistas. Estas propuestas se dirigieron a las Juventudes Libertarias —las más genuinamente obreras—, a las juventudes republicanas de base pequeño-burguesa y, participando en su seno, por lo menos en el caso de las Socialistas y Comunistas no Pou-

<sup>2</sup> Para una síntesis del proceso unificador de las juventudes marxistas en Cataluña, véase: «Les Jovenuts Marxistes Catalanes (1903-1939)», Barcelona, 1987.

mistas, a las Federaciones Universitarias Escolares —FUES— de cada distrito universitario coordinadas por la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (UFEH). Por supuesto, esta dinámica ofrece los capítulos más originales y genuinos de la vida política interjuvenil antifascista y que nosotros vamos a estudiar a través de las JCI.

En tercer lugar, hay que conocer lo que la juventud comunista, antes o después de las dos unificaciones que darían paso a las JSU o a las JCI, ofreció o criticó a sus respectivos partidos, a los sindicatos o a las instituciones políticas del estado español o a las instituciones autonómicas, como la Generalitat de Cataluña, actuando —según los momentos históricos—, como juventudes antigubernamentales o progubernamentales. Es decir, juventudes entendidas como fuerzas sociales y políticas frente al poder, como en los días del bienio negro, o al lado del poder, detectando incluso en ocasiones alguna parcela de poder, alguna junta de defensa, por ejemplo, o simplemente ayudando organizadamente, a hacer bascular el poder hacia una u otra dirección. Por ejemplo, la potenciación de Largo Caballero en 1935 por las Juventudes Socialistas en detrimento de los centristas y reformistas representados por Prieto y Besteiro, respectivamente, o la transferencia durante la guerra civil y por parte de las JSU, de su confianza en Largo Caballero al denominado gobierno de la victoria del Dr. Negrín, bajo la supremacía del Partido Comunista de España. Las JCI, y fuera del corto espacio de tiempo en el que Andreu Nin fue consejero de justicia de la Generalitat, fueron unas juventudes antigubernamentales por excelencia<sup>3</sup>.

Y en cuarto lugar, el historiador de los movimientos políticos de juventud debe tener en cuenta algunos aspectos importantes. Por ejemplo, teorizar sobre lo que se debe entender por juventud. No solamente un muchacho o muchacha de 16 o 20 años podía militar en una juventud determinada, sino también, una persona de 30 o 40 años podía preferir militar en la juventud antes que en el partido. En segundo lugar, hay que conocer el lugar que ocuparon las jóvenes comunistas en las Juventudes, en sus organizaciones propias como «Muchachas» o en Cataluña, en la «Aliança Nacional de la Dona Jove» (ANDJ).

La investigación de los movimientos de juventud plantea también problemas de cuantificación, tanto para las primeras etapas constituyentes con sus primeras extracciones sociológicas, como para las etapas de plenitud con los grandes proyectos de movimientos de masas juveniles antifascistas. Proyectos como los que las JSU ensayaron a partir de 1936. Ciertamente, para los antiguos dirigentes de las Juventudes no hay dudas sobre la cuantificación. En un coloquio en el que participé y que se celebró este año en Valencia con motivo de una exposición sobre la historia de las JSU, Segis Alvarez<sup>4</sup>, que había sido secretario de organización de las JSU y que procedía de las Juventudes Comunistas, no tuvo la menor duda en ratificar que los datos que se encuentran en la prensa juvenil, en los folletos o en determinadas actas, se ajustan a la verdad. Y así, por ejemplo, nos decía que en la defensa de Madrid, en 1936, las JSU contaban con 35.000 militantes, de los cuales, 30.000 estaban en el frente o que tras la Conferencia Nacional de las JSU celebrada en Valencia en enero de 1937, éstas contaban con 300.000 militantes, de los que, 170.000 se encontraban en las fuerzas armadas y con vocación de pertenecer a las fuerzas de élite con especialización incluida. Por ejemplo, el movimiento antitanquista.

<sup>3</sup> Recuérdese que siendo consejero de justicia de la Generalitat Andreu Nin, se aprobó con fecha de 13 de noviembre de 1936 el decreto por el cual la mayoría de edad se adquiría a los 18 años, pudiendo ser habilitados también los que hubieran cumplido 16 años.

<sup>4</sup> S. ALVAREZ: *La organización de la JSU de España*, Valencia, Ajuntament de Valencia, 1987.

Planteados estos aspectos previos, no hay que decir que el período más fecundo para las juventudes comunistas corresponde a los años de la II República y de la guerra civil. La República ofreció todos aquellos elementos de libertad, creatividad y pluralismo, típicos de una democracia burguesa que llegó con victoria popular urbana y en un marco de crisis económica y social aguda. Ciertamente que todos estos elementos propios de una república se habían ganado a pulso en los últimos años de la dictadura de Primo de Rivera. Los jóvenes obreros anarquistas y marxistas quisieron ser la parte más activa del obrerismo y la juventud estudiantil de clase media, que por pertenecer precisamente a ella, pudo resistir mejor al dictador, aplicó la contestación a la Dictadura, en un plano, ciertamente, de mutua desconsideración. Así pues, junto al desplante de los intelectuales, existió el desplante de esa juventud universitaria liberal, al estilo de Antoni M.<sup>a</sup> Sbert, a la que no le faltaron oportunidades para demostrarlo. Rechazaron la dirección que el general Primo de Rivera les había ofrecido para su proyecto de Juventud Patriótica; en 1927, crearon la FUE frente a la Confederación de Estudiantes Católicos (CECE); o en 1929 y a causa del artículo 53 que protegía los centros superiores privados de la Iglesia provocaron la huelga general profesional<sup>5</sup>. En una comunicación que envié al congreso que se celebró en Tarragona en 1982 con motivo del cincuentenario de la II República<sup>6</sup>, intenté subrayar cómo unos profesores universitarios y unos discípulos, desde sus ansias de libertad, se hicieron republicanos y cómo estos profesores y estudiantes buscaron también el contacto con determinados sectores del obrerismo, especialmente, a través de los culturizadores ateneos enciclopédicos populares y cómo algunos de estos profesores y estudiantes de clase media liberal urbana con o sin procedencia rural, transmutaban su liberalismo en marxismo. Por lo tanto, la conexión de las Juventudes Comunistas con unos estudiantes «preparados» que ayudaban a conectar ciertos sectores de procedencia media con jóvenes obreros, hay que tenerla en cuenta. Es interesante recordar, por ejemplo, que en el último número del diario «La Hora» que editaban las JSU en 1939, y cuando ya todo estaba perdido, éstas, no olvidaron el vigésimo cuarto aniversario de la muerte de Francisco Giner de los Ríos.

La República también dio suficientes posibilidades para desencadenar una fenomenología revolucionaria, que en el caso de la juventud comunista en general, tenía como modelo-impacto la revolución rusa y como objetivo —sobre todo entre la socialista— conseguir un proceso de bolchevización que desplazara cualquier conducta que fuera interpretada como centrista o reformista.

No debe olvidarse que en el mundo juvenil marxista se había llegado al convencimiento de haber alcanzado la época de crisis definitiva de la sociedad capitalista. Por lo tanto, se era consciente de que se debía hacer frente a unos determinados reaccionarismos contrarrevolucionarios y que en aquellos momentos se estaban produciendo en toda Europa a través del fascismo, especialmente a través del nacionalsocialismo alemán que, con su vocación de potencia, relevaba al fascismo italiano de su

<sup>5</sup> Además de los libros y artículos de Shlomo Ben-Ami, se pueden consultar los libros de:  
A. GASCÓN: Los hombres que trajeron la República. Los estudiantes. Madrid, Publicaciones editorial Castro.

J. LÓPEZ-REY: La rebelión de la universidad. Los estudiantes frente a la dictadura. Madrid, Javier Morata, 1931.

L. SOMOZA: La dictadura, la juventud y la república. Ensayo político actual. Valencia, Cuadernos de Cultura, XXVI, 1931.

<sup>6</sup> Los estudiantes: De la Dictadura a la República. Colloqui Internacional 2.<sup>a</sup> República Espanyola. Tarragona, 1981.

hegemonía. En la documentación juvenil socialista bolchevizada, en la comunista «oficial» enriquecida por las tesis de Dimitrov o en la juventud de izquierda comunista, alimentada en parte por el trotskismo, se interpretaba el fascismo como un movimiento financiado por el gran capital, con gran capacidad para mover masas, especialmente gente joven en crisis y de ahí la necesidad de un nuevo modelo juvenil antifascista de masas - masas contra masas. El fascismo se entendía como un movimiento dirigido no solamente contra el movimiento obrero revolucionario —especialmente el comunista—, sino también contra las opciones moderadas del liberalismo y de los partidos socialdemócratas que obstaculizaban la autonomía política relativa que el fascismo necesitaba para cumplir su función histórica: reproducir el capital, lograr una mayor explotación del trabajo humano que las democracias burguesas no podían conseguir ya que debían permitir la existencia de partidos y sindicatos obreros, asegurar el estado burgués y conseguir espacios vitales y mercados exteriores, que mediante el nacionalismo y la violencia, apuntaba hacia una guerra imperialista —como así las definía Wilebaldo Solano, secretario general de las JCI, en junio de 1936—<sup>7</sup>. Unas guerras de múltiple naturaleza: coloniales, civiles y mundiales.

En cuanto a los hitos del movimiento juvenil comunista podemos construir una razonable cronología. Un primer período constituyente que exige conocer la posición de los jóvenes socialistas ante la guerra europea de 1914, ante el movimiento spartakista alemán y, por supuesto, ante la revolución rusa. En nuestros archivos hemerográficos de Madrid, Barcelona, Salamanca, País Vasco —no debe olvidarse que Vizcaya fue la cuna en 1903 de las Juventudes Socialistas—, Valencia, etc., tenemos suficientes datos para conocer estas posiciones. De una forma muy especial, las que corresponden a la revolución rusa.

La URSS apareció como un modelo de patria socialista por la que parecía valer la pena luchar, trabajar y producir. Una producción, ciertamente, que pudo generar el desencanto a poetas como Maiakovski. La Internacional Juvenil Comunista se fundaría en 1919 y la Federación de Juventudes Comunistas Leninistas de la URSS, fundada en 1920, recibiría de Lenin el contenido de todo aquello que debía ser su misión histórica y que Stalin mimaría: destruir kulacs, construir koljoses o electrificar a la URSS. En esta época, y como ya hemos dicho, se sitúa el nacimiento del Partido Comunista Español y el ingreso en el Partido Comunista Obrero Español, fundado en 1921, de otro importante contingente de jóvenes terceristas que se había quedado en el Partido Socialista en espera que éste aceptara el ingreso en la Internacional Comunista.

Se podría dedicar un período a la dictadura del general Primo de Rivera incluidas las luchas estudiantiles y un tercer período a la República y a la guerra civil. La República permitió el nacimiento y consolidación de todas las juventudes marxistas entre 1931 y 1933. La lucha contra el fascismo; el antes y el después de la revolución de octubre con el experimento de la Alianza Obrera Juvenil y las responsabilidades consiguientes al fracaso; la aparición de nuevos programas como «Octubre, segunda etapa», elaborado por la Federación Nacional de las Juventudes Socialistas; o los procesos de unificación que se situaron en los últimos meses de 1935 y primeros de 1936 y que dieron por resultado el nacimiento de las JSU y de las JCI, son hitos que marcan este período. Con el estudio de las JCI vamos a entrar ahora en el núcleo de la conferencia.

<sup>7</sup> W. SOLANO, en «La Nueva Era», junio de 1936.

Las JCI nacieron en septiembre de 1935 con la constitución del POUM. Su proceso de unificación no fue fácil. Algunos dirigentes de las Juventudes del Bloque Obrero y Campesino no aceptaron la presencia de las Juventudes de Izquierda Comunista que en aquellos momentos se encontraban enriquecidas ideológicamente por la aportación del grupo que rodeaba a Andreu Nin<sup>8</sup>.

Las JCI se definieron así mismas de la misma forma que lo hizo el POUM. Como una juventud revolucionaria, marxista leninista, disidente en parte del catalanismo bloquista, en parte del trotskismo ultraizquierdista y opuestas, por supuesto, al stalinismo de la III Internacional. Defendieron una Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas y propusieron un programa económico y social basado en la nacionalización de la tierra, de los ferrocarriles, de la flota mercante, de la gran industria, de las minas y la banca, la abolición de las deudas, la municipalización de los transportes públicos, el aumento de producción, la jornada de 6 horas, la concesión de armas a la clase trabajadora y el ejercicio de la democracia obrera en contraposición a la democracia burguesa y pequeño burguesa.

En el campo político específicamente inter-juvenil, las JCI se caracterizaron, en primer lugar, por la necesidad de criticar negativamente el modelo de unificación que se había producido en las JSU, crítica que dio como resultado un documento público redactado por el secretario general Wilebaldo Solano en junio de 1936. A su vez, esta crítica fue enriquecida en 1937 con el trabajo de Carlos Hernández Zancajo, «La crisis de las JSU», y que las JCI publicaron en las páginas de su último órgano de prensa «Juventud Obrera». En segundo lugar, y frente a la Conferencia Nacional de las JSU celebrada en Valencia en enero de 1937, y en oposición al modelo de frente amplio antifascista de nueva generación, al que acusaron de pequeño burgués, el Comité Central Ampliado de las JCI propuso un Frente de la Juventud Revolucionaria que debía contar, por supuesto, con la participación de las Juventudes Libertarias.

Ante el estallido de la guerra civil y de la misma forma que lo hicieron las JSU, las JCI también salieron a la calle. En Barcelona contabilizaron su primera víctima revolucionaria, Germinal Vidal, que en aquellos momentos era su secretario general. Crearon unidades voluntarias propias que destinaron al frente de Aragón, como la batería Germinal Vidal, participaron en la división Lenin organizada por el POUM y frente al modelo de Ejército Popular Regular que las JSU progubernamentales y procomunistas apoyaban, ellas proponían un supuesto ejército rojo revolucionario.

Al igual que las JSU, crearon unidades de producción en la retaguardia, pero con un stajanovismo productivo que requería un contexto revolucionario. Se proyectaron sobre los niños —el pionero rojo— y tuvieron también su propio proyecto de cultura y universidad popular. Respecto a este último punto, no debemos olvidar la presencia entre 1928 y 1931 de algunos estudiantes de la Universidad de Barcelona en las filas de la Juventud del Bloque Obrero y Campesino. Tampoco se deben olvidar conferencias como la dada por Joaquín Maurín en 1934 en el Ateneo Enciclopédico Popular sobre la Universidad Popular. La idea de una universidad popular desde la perspectiva FUE-JSU se puede localizar en los estudios de María Fernanda Mancebo

<sup>8</sup> Consúltese:

F. BONAMUSA, *Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)*, Barcelona, Anagrama, 1977.

P. PAGÉS, *Andreu Nin. Su evolución política (1911-1937)*, Bilbao, Zero, 1975.

de la Universidad de Valencia<sup>9</sup>. Por mi parte, envié a esta universidad un artículo que bajo el título: «Manuel Tuñón de Lara: un estudiante antifascista en la Barcelona de 1937», también recogía, claro está, desde la perspectiva FUE-JSU y en un marco progubernamental, las posibilidades de los intelectuales por comprender y acercar a los pueblos, conseguir una solidaridad internacional antifascista y valorar el lugar que podían ocupar los estudiantes entre la juventud pequeño burguesa y la juventud obrera.

Las JCI y desde Cataluña tuvieron una perspectiva de expansión ibérica superior a la que tenía, por ejemplo, Joaquín Maurín en el BOC, e intentaron expandirse por Levante, Asturias, Madrid, la zona de Aragón sobre la que ellos tenían influencia como frente y parece que existió algún núcleo en Extremadura. Ante los proyectos de expansión, las JSU hicieron todo cuanto pudieron para que no fueran realidad. Santiago Carrillo, por ejemplo, y en una conferencia que dio en el Teatro Apolo de Valencia a finales de 1936, declaró que no estaba dispuesto a consentir células y radios de las JCI en Madrid<sup>10</sup>.

Las JCI también quisieron tener su vertiente internacional. Wilebaldo Solano recordaba en 1937 que ellos no podían acercarse a la Internacional Juvenil Socialista por el reformismo de ésta y su fracasada radicalización, que no podían acercarse a la Internacional Juvenil Comunista por su stalinismo y tampoco podían ingresar en la IV Internacional Juvenil Trotskysta porque les parecía que el trotskismo había caído en un cierto sectarismo ultraizquierdista. Además, el método entrista propuesto por Trotsky no acababa de ser bien visto por las JCI. Ante este panorama optaron por ingresar en el denominado Buró Internacional de la Juventud Revolucionaria. Un organismo que, como veremos, se definía marxista e independiente.

Vamos ahora a desarrollar cada uno de los puntos que hemos insinuado e intentaremos valorar lo que significaron para el mundo juvenil comunista y antifascista los 7.000 militantes que las JCI siempre dijeron tener. Cifra ésta que la propaganda elevó a 10.000 en los primeros meses de 1937.

En primer lugar, para las JCI la unificación de las Juventudes Socialistas con las Comunistas no se realizó democráticamente desde sus bases y discutiendo sus respectivos programas, sino que fue simplemente una fusión entre dos organizaciones que a lo largo de la II República se habían enfrentado duramente. En el bienio azañista y siempre en opinión de las JCI, los jóvenes socialistas habían apoyado la política de colaboración de clases del Partido Socialista, mientras los jóvenes comunistas habían sostenido el ultraizquierdismo del PCE, acusando a las primeras de socialfascistas.

<sup>9</sup> M.<sup>a</sup> F. MANCEBO: *Una élite estudiantil: los primeros Congresos de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos*. Actes du Colloque d'Histoire Sociale d'Espagne. Les élites espagnoles a l'époque contemporaine, Pau, 1983.

<sup>10</sup> En el teatro Apolo de Valencia, Santiago Carrillo adelantó los objetivos de las JSU:  
 Unidad con las juventudes democrático-republicanas, nacionalistas vascas y catalanas.  
 Captación de la juventud pequeño burguesa, estudiantil y campesina, defendiendo a los pequeños propietarios y no precipitando soluciones socialistas de inmediato.  
 Despolitización de los Sindicatos.  
 Destrucción del trotskismo.  
 Mando único en el ejército.  
 Defensa de las instituciones democráticas.  
 La juventud sin ideología debía estar a disposición del Gobierno y las JSU por ser gubernamentales debían encargarse de ellas.  
 Aumento voluntario de las horas de trabajo.  
 Ascenso militar de la juventud que en el frente se lo mereciese.

Con el triunfo electoral de las derechas en 1933, las Juventudes Comunistas cambian su izquierdismo por un oportunismo reformista, según el criterio, claro está, de las JCI. La fusión significó la absorción orgánica de las Juventudes Comunistas por las Juventudes Socialistas, pero doctrinal y tácticamente la nueva organización aceptaba la stalinización y las consignas del PCE y no aquellas que procedían de la izquierda del Partido Socialista. Para las JCI, el hecho de que la unificación de las JSU se hubiera producido antes que la de los partidos, no significaba nada. La unificación orgánica debía haber sido hecha paralelamente a la unidad de los partidos sin establecer ninguna diferencia entre vieja y nueva generación. Hay que reconocer que las JSU la aprovecharon para valorar positivamente la función histórica de la juventud. Las JSU se presentaron como la vanguardia unificadora de los partidos y desde ahí como la galvanizadora del resto de las juventudes antifascistas, sin perder la esperanza en una posible marxistización de la nueva generación y, en cualquier caso, prestando un gran servicio a los futuros gobiernos procomunistas de la República y al mismo Partido Comunista.

Dado que el proceso de unificación de las JSU estuvo íntimamente ligado al VI Congreso de la IJC, Las JCI se dispusieron a valorar críticamente sus contenidos. Ya de entrada construyeron una cronología de los congresos de la Internacional Juvenil Comunista muy sintomática. Mientras los primeros se habían celebrado anualmente, en 1920, 1921, 1922... la burocracia stalinista los había ido espaciando en el tiempo de tal suerte que desde 1928, año en el que se celebró el quinto, ya no se había convocado ninguno más.

El informe de Michael Wolff fue valorado como un informe oportunista, pequeño burgués, que ofrecía un nuevo modelo de organización juvenil aparentemente más allá del Partido Comunista y en el que podían convivir todas las fuerzas antifascistas incluyendo las creyentes o las de la liberación nacional que luchasen por la libertad, la paz y los llamados derechos de la nueva generación. Ante esta alternativa, las JCI y siguiendo lo que ellos llamaban el punto de vista marxista revolucionario, un punto que lo buscaron a parte de Lenin y Trotsky, en Radek, Lovksi y la Kolontay, se pronunciaron por la unidad obrera, la lucha de clases y la oposición a la llamada unión sagrada con una pequeña burguesía incapaz a su vez de llevar adelante su propia revolución democrática radical. Además, se acusaba a Moscú de haber preparado normas iguales para todos los países, sin valorar en el caso español, la relación de fuerza que en aquellos momentos tenían los partidos obreros respecto a la burguesía. Se acusaba a las JSU de republicanizar por la vía socialdemócrata representada por el Frente Popular a la juventud española en detrimento de la Alianza Obrera. Finalmente, se acusaba también a las JSU de mantener una conducta paradójica. Mientras se esforzaban por cohesionar a toda la juventud antifascista española, no dudaban en depurar a todos aquellos militantes que fueran tildados de centristas o reformistas.

Como hemos dicho, esta crítica al proceso de unificación de las JSU fue enriquecido cuando en 1937 las JCI hicieron suya la crítica de Carlos Hernández Zancajo. Para Hernández Zancajo, la problemática arrancaba en 1934 cuando las Juventudes Socialistas decidieron por la vía bolchevique la conquista definitiva del poder político para la clase obrera frente a las Juventudes Comunistas que se inclinaban por batallas diarias y parciales que incluían el movimiento huelguístico o grandes concentraciones de masas opuestas a las organizadas, por ejemplo, por las Juventudes de Acción Popular (JAP). Mientras los comunistas se inclinaban por unos frentes heterogéneos de juventud, los socialistas se inclinaban por la Alianza Obrera y fue precisa-



mente el ingreso de los comunistas en la Alianza Obrera lo que provocó que ésta perdiera su senda insurreccional. Tras el fracaso de la revolución de octubre se produjo una doble concordancia. Por un lado, el Buró del PCE acusó al Partido Socialista de no haber sabido cohesionar mejor la unidad y por el otro, el sector izquierdista de las Juventudes Socialistas de Largo Caballero, al proponer la bolchevización del PSOE, facilitó la posible conexión con los comunistas. Hernández Zancajo quiso demostrar cómo las Juventudes Socialistas fueron cayendo bajo el control de la Internacional Comunista y de ahí dedujo que la juventud renegada no era aquella que había continuado fiel a la izquierda socialista o la que militaba en la POUM, sino la misma JSU.

Respecto al modelo de Frente Amplio de Nueva Generación patrocinado por las JSU-UFEH junto a las juventudes republicanas, las JCI opusieron el Frente de la Juventud Revolucionaria. Las bases del primero se articularon en tres puntos: movilización, economía de guerra y solidaridad internacional. Hay que subrayar que todos estos puntos podían ser perfectamente gestionados por la juventud. El Frente de la Juventud propuso el servicio militar obligatorio, ejército popular regular y educación premilitar a los jóvenes menores de 20 años. Precisamente, cuando en 1937 se celebró en Barcelona el Congreso de intelectuales organizado por el Frente de la Juventud y al que asistió Manuel Tuñón de Lara, León Felipe, Victorio Macho, etc., se inauguró el campo premilitar de Pins del Vallés bajo la presidencia de Lluís Companys.

En cuanto a la economía de guerra se aprobó una economía de producción (stajánovismo) y una industria de guerra. Jornada sin límites para los jóvenes en la retaguardia y sustitución en las fábricas y talleres de los hombres por las mujeres además del trabajo auxiliar de los pioneros.

En cuanto a la dimensión internacional y a parte de la participación del Frente de la Juventud en las diferentes conferencias internacionales para la paz, quedaba muy clara la valoración positiva a la URSS y se condenaba cualquier campaña difamatoria contra ella.

En oposición a este Frente de Juventud, a principios de febrero de 1937, las JCI y de mutuo acuerdo con las Juventudes Libertarias y con el visto bueno del POUM que se comenzaba a encontrar bastante aislado ante la CNT que parecía insensible a los problemas que se avecinaban, se constituyó en Barcelona el Frente de la Juventud Revolucionaria. Se dijo que cohesionaba a unos 50.000 jóvenes. Treinta y cuatro mil correspondían a las Juventudes Libertarias de Cataluña, entre 7.000 y 10.000 a las poumistas y el resto, jóvenes de otros lugares, además de organizaciones ácratas como la sección juvenil de Mujeres Libres o la Federación de Estudiantes de Conciencias Libres (FECL). A este acto fundacional asistieron Fidel Miró por las JJLL, Wilebaldo Solano por las JCI y Martí Ibáñez por la FECL.

Las bases de este frente revolucionario eran diferentes: Se articulaban a partir de la idea de ganar la guerra haciendo la revolución. Se proponía la unidad sindical, la lucha contra la burocracia del Estado, se aceptaban las colectivizaciones campesinas y se respetaban los frutos de las cooperativas, se pedía la potenciación de la industria de guerra y se proponía una mezcla entre lo que eran las milicias voluntarias y un futuro ejército rojo revolucionario.

Respecto a su dimensión internacional, las JCI se adhirieron al Buró Internacional de la Juventud Revolucionaria que se había constituido en 1934 bajo los auspicios de las Juventudes Socialistas alemanas adscritas al SAP. Se definía como un organismo internacional que agrupaba a todas las organizaciones socialistas y comunistas

independientes o disidentes de las Internacionales y que se proponía la reconstrucción del movimiento obrero juvenil internacional sobre bases marxistas leninistas. Lo integraban las Juventudes Socialistas de Holanda, las Juventudes Arxiomarxistas de Grecia, las Maximalistas de Italia, las Laboristas Independientes de Gran Bretaña, las Socialistas Independientes de Suecia, las Socialistas alemanas del SAP y las Juventudes Autónomas del Sena.

En una carta fechada en París el 14 de agosto de 1936, el Buró agradecía el ingreso de las JCI y Wilebaldo Solano fue encargado de acudir al congreso que se celebró en Bruselas a finales de 1936. En su ponencia, Solano propuso el traslado de la sede del Buró a Barcelona que en aquellos momentos ya tenía una delegación regida por Giuseppe Martini, miembro de las Maximalistas italianas. A principios de 1937 y después de vencer ciertas resistencias de las juventudes alemanas se consiguió que el ejecutivo se trasladara a Barcelona.

Respecto a la proyección de las JCI sobre los pioneros, digamos en primer lugar que publicaron un órgano de prensa específico: «El Pionero Rojo». A pesar de existir diferencias con la pedagogía anarquista, el proyecto de educación que presentó Juan Andrade en «Generación Roja»<sup>11</sup>, que era la revista teórica más importante de las JCI además de «Juventud Comunista» que era el órgano de prensa por excelencia, podía concordar de alguna manera con las JJLL. Según Andrade, había que educar a seres libres, con independencia crítica, con pasión socialista y sobre todo con odio al fetichismo, fuera hitleriano o fuera stalinista.

El proyecto de universidad popular se trastocó en universidad obrera. El tema universitario era un tema conocido para las JCI. No debemos olvidar que los primeros manifiestos de las Juventudes del Bloque Obrero y Campesino en 1930 y 1931 salieron de la universidad, de la escuela de magisterio<sup>12</sup> o se dirigieron hacia la escuela de trabajo. En 1934, y como ya hemos indicado, Joaquín Maurín había definido a la universidad popular como distinta a la universidad oficial, neutra, de clase media. En cualquier caso, la proyección real de las JCI sobre la Universidad fue pequeña. Lo hizo a través de la Asociación de Estudiantes Comunistas que estaba en oposición a los Grupos de Estudiantes Marxistas (GEM) adscritos a las JSU y a las FUES.

Finalmente, no podemos dar por acabada esta conferencia si no asumimos los hechos de mayo de 1937 en Barcelona y sus consecuencias. Las JCI se esforzaron por clarificar su posición no trotskysta, intentaron conectar con las Juventudes Libertarias que a través de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) terminarían por acercarse al Frente de la Juventud propuesto por las JSU vía Alianza Juvenil Antifascista (AJA) y lucharon en la calle. Entre los hechos de mayo y los procesos contra el POUM con la muerte de Andreu Nin, las JCI sirvieron de voz y enlace a los dirigentes encarcelados, especialmente a través de «Juventud Obrera», que sobrevivió hasta diciembre de 1937.

Para las JCI, los hechos de mayo fueron la contrarrevolución burguesa. Se convirtieron en juventudes antigubernamentales por excelencia y acusaron al gobierno del Dr. Negrín de reprimir al movimiento obrero, establecer la censura política, disolver el Consejo de Aragón, oscurecer la muerte de Alfredo Martínez y de doce anarquistas más de Cataluña, cosechar fracasos militares en Madrid, Teruel, Bilbao y secuestrar a los dirigentes del POUM con la sospecha del posible asesinato de Andreu Nin.

<sup>11</sup> J. ANDRADE: *El problema de la educación socialista de nueva generación* en, «Generación Roja». Barcelona, mayo de 1937.

<sup>12</sup> Véase por ejemplo: La Batalla de 25 de mayo de 1930.

Las JCI buscaron solidaridad internacional tras los hechos de mayo, pero encontraron muy poca. El Comité Ejecutivo del Buró Internacional de la Juventud Revolucionaria salió de Barcelona inmediatamente después de los hechos de mayo y se limitó a redactar un manifiesto de solidaridad. No debe olvidarse que las JCI estaban enfrentadas a las tres internacionales juveniles, que siempre habían hecho una crítica negativa al comportamiento de la Sociedad de Naciones y de las democracias occidentales y que en el mismo seno del Buró, las juventudes alemanas, al tener que aceptar el protagonismo de las JCI ante aquel momento histórico de la guerra civil, habían perdido cierta hegemonía sobre él, hegemonía que querían recuperar.

La lectura de «Juventud Obrera» es muy interesante para reconstruir las biografías juveniles de muchos dirigentes del POUM. Julián Gómez «Gorkin» había sido secretario general de las Juventudes Socialistas de Valencia, Pere Bonet había fundado en 1920 las Juventudes Sindicalistas de Lérida, Juan Andrade había pertenecido a la comisión ejecutiva de las Juventudes Socialistas y había formado parte de la dirección de «Renovación». La documentación juvenil se pierde en diciembre de 1937 y recordemos que el tribunal central especial que se encargó del sumario contra el POUM, lo hizo ampliable a las JCI por pertenecer éstas al partido, según se desprendía de la Resolución del Comité Central Ampliado de 23 de diciembre de 1936.